

# La expulsión de Maciá

Por CARLOS ESPLÁ

Se ha hecho todo lo posible para ocultar el paso de don Francisco Maciá por Francia, conducido por la policía francesa desde la frontera española a la belga. Los periódicos de París, intencionadamente mal informados por quienes tenían interés en tapar el escándalo, han dado noticias contradictorias, inexactas sobre el horario del viaje. Pude ver, sin embargo, al «avío», al abuelo, como le llaman con ternura familiar sus jóvenes partidarios catalanes. Aprovechó unas horas de relativa libertad a su paso por París—sin que los sabuesos de Chiappe lo perdieran de vista—para darme cita en un restaurante de los bulevares. Abracé a Maciá con emoción idéntica a la que sentí cuando lo ví por primera vez en la cárcel de la Santé después de su quijotesca intentona de Prats de Molló. Otros hombres políticos pueden inspirar admiración, incluso a sus adversarios, pueden despertar simpatía. Pero muy pocos logran, como Maciá, hacer conmovedora, emocionante, su presencia. Este anciano de 71 años, enjuto, fuerte, sano, de mirada clara, de trato sencillo, con sorprendente energía de hombre de acción, con algo de juvenil en su porte y de patriarcal en su conducta, ardiendo en la llama de un ideal, dispuesto siempre a sacrificarle su vida, su bienestar, su fortuna; bondadoso, perseguido, republicano, guerrillero, revolucionario, es, ciertamente, una figura cautivadora. Proporciones de héroe legendario adquiere ante muchos jóvenes catalanes, que lo adoran y lo siguen devotamente. No es preciso ser catalán para quererlo y admirar el gran ejemplo moral de su vida, su odio a la mentira y a la farsa, su brusca sinceridad, el valor de sus convicciones, su quijotismo, su austera integridad.

Juzgan mal a Maciá los patriotas españoles. Lo creen un traidor, un tenebroso agente de destrucción nacional, un separatista que odia a España. Es un error o una infamia. Maciá no es hombre de odios, sino de amor. Ama a Cataluña, a su tierra y a sus hombres, quiere la unión con valencianos, vascos, gallegos, castellanos... Combate el centralismo, los gobiernos monárquicos, el régimen del que tantos nos sentimos separatistas y separados. A catalanistas templados, de esos que visten, cuando van a Madrid, librea cortesana y predicán la «concordia», hemos oído palabras de odio y desprecio a cosas no catalanas como nunca salieron de labios de Maciá.

Durante la dictadura estuvo

siempre dispuesto a sumarse a cualquier movimiento revolucionario de carácter nacional, a ayudar a la obra patriótica de derribar el régimen. Conspiró con cuantos parecían sinceramente dispuestos a la obra revolucionaria. Reclamaba la autonomía de Cataluña como la pedían todos los demás catalanes. Cuando creyó que el movimiento nacional no se coordinaría, intentó un levantamiento catalán, no contra España sino contra la dictadura y el régimen. Las demás regiones no tenían más que seguir su ejemplo...

Fué expulsado de Francia por presiones de la embajada española, después de su sensacional proceso. Se refugió en Bélgica, puerto de libertad. El gobierno belga, —Vandervelde era a la sazón, ministro de Negocios Extranjeros—le dió el pasaporte que el gobierno español le negaba para viajar. En él figura Maciá como «heimalos», como apátrida. El gobierno del Uruguay le renovó ese pasaporte. ¡Honor a Bélgica y al Uruguay, países libres a donde no llegó la influencia indecente del dictador ni el soborno de sus acayos internacionales!

Cada la dictadura, no varió la situación de Maciá. El gobierno de Berenguer se negó a aplicarle la amnistía, que alcanzó, sin embargo, a los condenados por el complot de Garraf, en cuyo proceso figuraba Maciá tan sólo como inductor. El gobernador de Barcelona anunció que se le detendría en la frontera, si osaba cruzarla. Se pidió al gobierno francés que le prohibiese el paso de su territorio. Burlando audazmente todas esas precauciones, Maciá ha entrado en Barcelona. ¡Bravo por el viejo excursionista, capaz de esa aventura a los 71 años! La policía lo detuvo horas después, en casa de su hija. ¿Para encarcelarlo? No. El caso es más monstruoso: para alejarlo de su familia y de su tierra.

¿Hay algún proceso pendiente contra el ex diputado catalán? ¿En verdad no le alcanzaba la amnistía? A la cárcel debió ser conducido en tal caso. El gobierno debe tener el valor de su justicia. A afrontar el proceso, a hacer respetar las leyes. En vez de eso, deja escapar al presunto delincuente; algo peor: lo entrega a otro país, le fuerza a que no pueda responder de sus «delitos».

¿Con qué lupa ha descubierto el ex-conspirador malagueño la ley que permite expulsar de España a un español? ¿Desde cuando existe en España para los españoles la pena de destierro fue-

ra del territorio nacional? Todos los Estados se reservan el derecho de expulsar a los extranjeros molestos, indeseables. Pero ninguno realmente civilizado comete la enormidad de expulsar a sus propios nacionales. Como extranjero ha sido, pues, tratado el catalán don Francisco Maciá. No es él el separatista. Los separatistas son quienes lo expulsan.

Mussolini no aplica esa bárbara medida a los italianos antifascistas. Primo de Rivera, que comió tantos atropellos, no se atrevió a cometer ése. Los desterrados en el extranjero del tiempo de la dictadura lo eran por su propia voluntad y contra la del dictador. Sólo conozco un caso idéntico al de Maciá: el de Trozki expulsado de la Rusia soviética.

Si vergonzoso e indignante es lo que se ha hecho con Maciá en España, triste y desconsolador es lo que ha ocurrido a su paso por Francia. La Internacional policíaca sirve por lo visto, para atropellar a los ciudadanos; no para protegerlos. Don Francisco Maciá está expulsado de Francia. El deber de la policía francesa era rechazarlo en la frontera, obligar a la española a que se quedase con él. O, procediendo más humanamente y con lógica, anular su expulsión y dejar libre, ya que se le pide que lo admita, a quien antes expulsó para complacer también al gobierno español. Ha preferido hacerse cómplice, encubridora del desafuero de los esbirros españoles. Ha ayudado a alejar a un político español de donde molestaba al gobierno de Berenguer, a ahogar una voz que expresa un fuerte estado de opinión en Cataluña, a eliminar a un adversario del régimen. Se nos pide a los extranjeros residentes en Francia que renunciemos a toda actividad política. Perfectamente. Pero ¿con qué razón interviene la policía francesa en nuestra política interior? ¿Qué Poder antiespañol es el instalado en Madrid y en el gobierno civil de Barcelona que necesita la ayuda extranjera para hacer como qué gobierna?

No ha tratado la policía francesa a don Francisco Maciá con violencia; pero sí con falta de consideración. No se le dejó tiempo para cenar en Perpignan ni para dormir lo suficiente en Toulouse. Tampoco se le permitió telegrafiar desde ésta última ciudad a su abogado parisién maître Torres,

lo que no se niega a ningún criminal. Se le retuvo en las comisarías de todas las estaciones de parada. Únicamente en París tuvo unas horas de libertad, aunque vigilada. Gracias tan sólo a su fortaleza física pudo soportar sin quebranto este anciano de 71 años las molestias de tal viaje. Más atenciones tuvo la policía francesa con el estafador Villanueva...

1.25/762

A.P.C.E.,  
SIG.: 1.25/762

Querían evitar que los amigos de Maciá lo despidiesen. Lo retuvieron en la Comisaría de la «gare du Nord» hasta minutos antes de salir el tren para Bruselas. Gracias a su protesta tuvimos tiempo para estrechar su mano, y para juntarlas, al arrancar el tren, en un aplauso al expulsado, al perseguido, al que ponen fuera de la ley y de la patria quienes las escarnecen.

CARLOS ESPLÁ

París, septiembre. 1930

A.R.C.E.  
SIG: 2000